

Juan Crisóstomo

SOBRE LA DESESPERACIÓN

¿Acaso os habéis acordado de mí durante este tiempo en que he estado ausente de vosotros? Porque yo jamás he podido olvidarme de vosotros, sino que aun después de dejada la ciudad, no dejé vuestra memoria; antes bien, así como los que sienten amor a un cuerpo hermoso, a dondequiera que vayan llevan consigo el rostro deseado, así también yo, encendido en el amor de la hermosura de vuestras almas, siempre llevo conmigo la belleza de vuestro interior. Y así como los pintores, mezclando colores diferentes producen las imágenes de los cuerpos, así también yo, uniendo como otros tantos colores diversos vuestra diligencia en las demás virtudes, y representando de este modo el retrato de vuestras vidas, y poniéndolo ante los ojos de la mente, recibía con esta ilusión suficiente consuelo en mi ausencia. Y esto revolvía sin cesar en mi mente, tanto sentado en casa como de pie, tanto al caminar como al reposar, tanto al entrar como al salir, soñando en vuestro amor: y no sólo de día sino también de noche me gozaba con estas ilusiones. Y lo que Salomón dijo: *Yo duermo, y mi corazón está en vela* (Cántico, v. 2), me sucedía entonces también a mí. Porque la necesidad del sueño comprimía mis párpados, pero la tiranía de vuestro amor despertaba los ojos de mil alma; y muchas veces en sueños me parecía hablar con vosotros. Porque suele nuestra alma fantasear de noche lo que pensó entre día, como me sucedía entonces a mí; y no viéndose con los ojos de la carne, os veía con los ojos del amor, y no estando presente con el cuerpo, estaba presente con el deseo, y en mis oídos resonaba continuamente vuestro clamor. Por esto, aunque la debilidad del cuerpo me obligaba a estar allí por más tiempo, y gozar de lo provechoso de aquellos aires para la salud corporal, la violencia de vuestro amor no lo consintió, sino que reclamó contra mí, y no cesó de enojarse hasta haberme hecho levantar de aquel sitio antes del tiempo conveniente, aconsejándome que no juzgara haber para mí ni salud, ni gusto, ni bien alguno fuera de estar con vosotros.

Persuadido de ello, más quise volver teniendo todavía reliquias de la enfermedad que sanar completamente, para no entristecer más vuestro amor. Porque mientras estaba allí, oía vuestras quejas, y continuas cartas me las comunicaban, y doy gracias no menos a los que se quejaban de mí, que a los que me encomiaban, pues aquellas quejas eran propias de almas que saben amar. Por esto me levanté y vine corriendo; por esto nunca pude apartar mi pensamiento de vosotros.

II

Y ¿que tiene de extraño que yo viviendo en el campo y gozando de seguridad tranquila, me acordara de vuestra caridad, cuando Pablo, rodeado de una cadena y habitando en la cárcel y viendo que le amenazaban innumerables peligros, se acordaba de sus hermanos como si viviera en un campo y no en la cárcel, y le escribía estas palabras: *¿Cómo es justo que yo siento esto de todos vosotros, porque "os tengo en el corazón" y en mis ataduras, y en la defensa y confirmación del Evangelio* (Fil. 1, 7)? Por fuera le sujetaba la cadena de los enemigos; por dentro la cadena del amor de sus discípulos; la de fuera estaba forjada de acero, la de dentro estaba hecha de amor, aquellas muchas veces la dejaba; de esta jamás se podía arrancar; antes, así como las mujeres que sufridos los dolores del parto han llegado a ser madres, dondequiera que estén se ven continuamente atadas y sujetas por los hijos que dieron a luz, así también S. Pablo, y todavía mucho más, estaba como enclavado a sus discípulos, y tanto más cuanto son más amables los hijos espirituales que los naturales. Puesto que por ellos sufrió las ansias de darlos a luz no una sino aun dos veces, y clamaba diciendo: *Hijitos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz* (Gal. 4, 19). Y esto jamás puede pasarlo una mujer, ni puede sufrir de nuevo por un mismo hijo dolores de parto; pero Pablo sufrió aun lo que en la naturaleza es imposible; volver a concebir a los ya dados a luz, y padecer por ellos agudos dolores. Por eso, queriéndolos avergonzar, les decía: *a quienes de nuevo ansio dar a luz*; que era como decirles: Dejadme ya; ningún hijo atormenta por segunda vez el vientre maternal, como me hacéis vosotros sufrir a mi; puesto que aquellos dolores cesan en un tiempo determinado, y al salir el hijo del vientre de su madre, desaparecen; pero estos no así, sino que persisten meses enteros. Porque muchas veces por todo un año estuvo Pablo como con dolores de parto, y no los acabó de dar a luz. Y en el primer caso el trabajo es corporal; pero aquí estos dolores no atormentan el seno, sino que punzan la misma sensibilidad del alma.

Y para que veas cómo estos dolores son de mayor amor, ¿quién jamás deseó por sus hijos sufrir el infierno? Pero Pablo, no sólo elige sufrir el infierno, sino que ruega ser anatema de Cristo (Rom. 9, 3), para poder criar a los judíos, a quienes siempre y constantemente ansiaba dar a luz; y como esto no le sucedía, clamaba entre dolores: *Tengo gran tristeza e incesante dolor en mi corazón* (Rom. 9, 2). Y

de nuevo, en el lugar citado: *Hijos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros* (Gal. 4, 19). ¿Qué seno más feliz que el que podía producir tales hijos, que tuvieran en sí mismo a Cristo; más fecundo que el que engendró a toda la tierra; más poderoso que el que era capaz de concebir de nuevo y formar con virtud del cielo a los hijos ya nacidos y crecidos y aun abortivos? Pues esto en el orden físico, es imposible. Y ¿por qué no dijo *Hijitos míos, a quienes de nuevo reengendro*, sino “*ansío dar a luz*” (1 Cor. 5, 15)? pues en otro lugar dice “engendrar”. Porque en *Cristo Jesús os engendré*. Es que allí sólo quería demostrar la consanguinidad, más aquí se esforzaba en manifestar también el trabajo. Y ¿cómo llama hijos a los que aún no habían nacido? Porque si ansiaba darlos a luz, aún no los había dado a luz. ¿Cómo, pues, los llama hijos? Para dar a entender que no eran estos los primeros dolores de parto, lo cual era bastante para avergonzarlos. Porque fui ya una vez padre, dice, y sufrí por vosotros el debido dolor, y también vosotros fuisteis hijos una vez; ¿cómo pues, me ponéis en nuevas angustias? Basten los trabajos de la primera crianza; ¿por qué me atormentáis segunda vez con dolores? No era menor el trabajo que le causaban los delitos de los fieles que los de los infieles. Porque era insufrible verlos después de la participación de tales misterios correr fugitivos a la impiedad; por eso, con agudos y vehementes gemidos, más dolorosos que el de una mujer que está de parto, clamaba así: *Hijitos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros*. Y esto decía con la intención de animarlos y atemorizarlos al mismo tiempo: porque el darles a entender que aún no estaba en ellos formado Cristo, les infundía temor y sobresalto; mas el declararles que era posible que se formase todavía, les daba nuevo ánimo. Pues al decir *hasta que se forme* es propio de quien indica estas dos cosas: que todavía no se ha formado, y que es posible que se forme. Puesto que si no fuera posible, en vano les diría *hasta que se forme Cristo en vosotros*, y los sustentaría con vanas esperanzas.

III

Sabiendo, pues, esta doctrina, no desconfiemos también nosotros, pero tampoco nos crucemos de brazos, porque ambas cosas acarrean la perdición. Porque la desesperación no permite que el que está en tierra se ponga en pie, pero la pereza hace que aun el que está en pie

venga a tierra; aquella suele privar de los bienes adquiridos, esta no deja desembarazarse de los males que nos acosan; y, e fin, la negligencia derriba aun de los mismos cielos, y la desesperación precipita a uno hasta el abismo del mal, así como el no desesperar hace que aun desde el abismo se levante uno con presteza. Y atiende bien qué poder tienen entrambas cosas: antes de la desesperación era bueno el demonio, pero cayendo en pereza y desesperación se precipitó tanto en la maldad, que ya jamás se levantó. Para que veas que antes era bueno, oye la Escritura: *Vi a Satanás caer como un rayo desde el cielo* (Lc. 10, 18). La semejanza del rayo declara tanto el resplandor de su primera transformación como la rapidez de su caída. Pablo era blasfemo y perseguidor y calumniador, mas cuando se esforzó y no desesperó, se levantó y llegó a ser igual a los ángeles. Judas era apóstol, mas cuando empezó, llegó a ser traidor. El ladrón, después de tantas maldades, por no haber desesperado, entró antes que los demás en el paraíso; el fariseo, por haberse engreído, cayó derribado desde la misma cumbre de la virtud; el publicano, por no haber desesperado, de tal manera se levantó, que pasó más adelante que él. ¿Quieres que te ponga delante el ejemplo de una ciudad entera? Toda la ciudad de Nínive se salvó de este modo, y eso que la sentencia los incitaba a la desesperación, porque no eran sus palabras *si se arrepienten, serán salvos*, sino sencillamente: *Aún faltan tres días*, y Nínive será arruinada (Jon. 3, 4); y sin embargo, a pesar de las amenazas de Dios, a pesar de los clamores del Profeta, a pesar de no tener la sentencia plazo y distinción, no decayeron ni dejaron perder su provechosa esperanza.

Por eso no les puso alternativa ni dijo: *pero si se arrepienten, serán salvos*, para que cuando oigamos nosotros la sentencia de Dios, dada sin alternativa ni distinción, miremos a este ejemplo, y ni aun entonces desconfiemos ni desesperemos. Y no sólo se echa de ver la benignidad de Dios con los hombres, en que, o habiendo puesto distinción en la sentencia, se reconcilió sin embargo con los arrepentidos, sino en el mismo hecho de dar sentencia absoluta. Pues, si lo hizo, no fue sino porque quería aumentar en ellos el temor y aguijonear su desmedida pereza. Y aun en el tiempo mismo del arrepentimiento nos declara su indecible amor a los hombres; porque, ¿qué pudieron obrar tres días para desvanecer tan crecida maldad? ¿No ves cómo también por aquí aparece clara la providencia de Dios? Ella fue, ella, la que más que nada, contribuyó para la salvación de la ciudad.

IV

Ya, pues, que todo esto lo sabemos, no desconfiemos jamás; porque no tiene el demonio arma tan poderosa como la desesperación; por esto no le damos tanta alegría al pecar, como al desesperar. Oye a este propósito cómo San Pablo, tratándose del que cayó en carnalidad, temía más la desesperación que el pecado; pues escribiendo a los Corintios decía así: *Es público que entre vosotros hay fornicación, y tal fornicación cual ni aun entre los gentiles se nombra* (1 Cor. 5, 1); y no dijo *cual ni entre los gentiles se osa cometer*, sino *ni aun se nombre* porque lo que hasta de nombre era para ellos insufrible, esto entre vosotros se ha cometido de hecho. *¿Y vosotros estáis envanecidos?* (Ib. 2) No dijo *y él se ha envanecido*, sino que dejando al que pecó, dirígese a los que están sanos, como hacen los médicos, que despidiéndose de los enfermos, hablan más largamente con los parientes de ellos; fuera de que, por no corregir ni castigar al culpable, le daban ocasión de arrogancia. Por eso extendió a todos la reprehensión, para que fuera fácil la curación de la herida.

Porque, cierto, terrible mal es el pecar, pero mucho más intolerable el ensoberbecerse por los pecados. Pues si el envanecerse en la justicia es vaciedad de justicia, con más razón, si tal sucede en los pecados, semejante conducta nos ha de acarrear extremos males, y nos será objeto de mayor acusación que los mismos pecados. Por esto dice: *Cuando hiciereis todas las cosas, decid: Siervos somos sin provecho* (Lc. 18, 10). Pues si los que hacen todo lo necesario deben humillarse, mucho más justo será que quien ha pecado gima y se cuente entre los últimos. Esto es, pues, lo que San Pablo nos enseñaba al decir: *¿Y no habéis más bien llorado* (1 Cor. 5, 2)? ¿Qué dices? ¿Ha pecado otro y he de llorar yo? Sí, responde; porque estamos mutuamente unidos como lo están el cuerpo y los miembros; y en el cuerpo, aunque haya recibido la herida el pie, vemos que se inclina la cabeza; y sin embargo, ¿qué hay en el cuerpo más digno que ella? pero en el tiempo de la desgracia no atiende a su dignidad. Haz, pues, tú lo mismo. Por esto también el mismo San Pablo nos exhorta *a alegrarnos con los que se alegran y llorar con los que lloran* (Rom. 12, 15). Por esto dice también a los Corintios: *¿Y no habéis más bien llorado, para que sea sacado de entre vosotros quien tal obra hizo?* No dijo *¿y no os habéis esforzado más?* sino ¿qué dijo? *No habéis llorado más*, habiéndose apoderado de la ciudad una como enfermedad co-

mún y pestilencia, como si dijera: “Oración hace falta, y confesión y súplicas, para que la dolencia desaparezca de toda la ciudad”. ¿Ves cuán grande es el temor que les infundió? Porque como pensasen que sólo a aquel culpado se extendía el mal, los pone en aprieto diciendo: *¿No sabéis que un poco de levadura corrompe toda la masa* (1 Cor. 5. 6)? Quiere decir: yendo por sus pagos el mal se apoderará también de los demás miembros; luego tened ahora la misma vigilancia que cuanto tratáis de evitar los males comunes. Porque no me digas que pecó el sólo, sino mira que el mal es como úlcera podrida, y se apodera de todo lo demás del cuerpo. Y así como cuando se quema una casa, aun los que todavía no han recibido daño se afanan no menos que los que se ven en la desgracia, y acuden con cuanto pueden, no sea que avanzando el fuego llegue también a sus puertas, así San Pablo, les da la voz de alerta, diciendo: “Mirad que es como el fuego; anticipémonos al mal; apaguemos el incendio, antes que se apodere de la Iglesia; y si desprecias el pecado por hallarse en cabeza ajena, pésimamente obras en ello; porque aquel es un miembro de todo el cuerpo; antes mira que si fueres remiso y lo tuvieses en poco, también de tí se apoderará un día la enfermedad. Luego, si no por tu hermano, al menos por ti mismo despierta ya, y rechaza la pestilencia y reprime la podredumbre, y saja la úlcera”.

Habiendo, pues, dicho esto y mucho más todavía, y mandado entregarle a Satanás, dijo más tarde, después que se convirtió y mejoró: *Bástale a este tal la reprensión de muchos; confirmad, pues, la caridad para con él* (2 Cor. 2, 6-8). Después de haberle puesto a la vista de todos, como a común enemigo y adversario, y arrojándole del rebaño y cortándole del cuerpo, mira cuánto se esfuerza por juntarlo y unirlo de nuevo. Pues no dijo sencillamente *amadle*, sino *confirmad la caridad para con él*; esto es, mostradle una caridad fiel e incommovible; dadle muestras de un cariño ardiente, fervoroso e inflamado, que contrapesa a la enemistad pasada. ¿Qué mudanza es esta? díme. ¿No le pusiste en manos de Satanás? Sí, responde, mas no para que permaneciese en poder del demonio, sino para que se viese presto libre de su tiranía. Y, como iba diciendo, mira cómo teme San Pablo la desesperación como arma poderosa del demonio; porque después de decir *Confirmad para con él la caridad*, añade también la causa: *No sea que el tal se vea consumido por la demasiada tristeza* (2 Cor.1, 7). En las fauces del lobo, dice, está la oveja; apresurémonos, pues; arranquémosla allí antes que devore y destruya a la que es

nuestro miembro. En el estuario se encuentra ahora la nave; esforcémonos en salvarla antes del naufragio. Porque así como cuando se encrespa la mar y por todas partes se levantan las olas, se suele sumergir la embarcación, así también el alma, cuando la cerca por todas partes la desconfianza, al momento se ahoga si no tiene a uno que le tienda la mano; y la tristeza por los pecados, saludable de suyo, por la demasiada se convierte en perniciosa. Y mira con qué exactitud habló, pues no dijo: *Para que no le pierda el demonio*, sino ¿qué? *Para que no nos veamos codiciosamente rodeados de Satanás* (2 Cor. 2 I, 11); porque codicia es apetecer lo ajeno. Mostrando, pues, que en adelante ya no pertenece a Satanás, y que, por el arrepentimiento se hizo propio del rebaño de Cristo, dice: *Para que no nos veamos codiciosamente rodeados de Satanás*; porque si en adelante le retiene, arrebatada a nuestro miembro, roba una oveja de nuestro rebaño, pues ya dejó el pecado por el arrepentimiento. Sabiendo, pues, Pablo lo que hizo el demonio con Judas, temió no sucediera en este caso lo mismo.

V

¿Y que hizo el demonio con Judas? Arrepintióse Judas. *Pequé*, dijo *entregando sangre inocente* (Mt. 27, 4); oyó Satanás estas palabras, conoció que empezaba Judas el camino del bien y caminaba a su salvación, y temió su mudanza. “Muy benigno, dice, es el Señor que tiene; cuando él le quería vender, le lloró y le exhortó de mil maneras; ¿no le recibirá con más razón si se arrepiente? Si, cuando torcido y descarriado, trató de arrancarle de su perdición y le exhortó, ¿no le abrazará con más razón cuando se enderece y conozca su pecado? Como que no por otra causa se encaminó a la cruz”.

¿Qué hizo, pues, el demonio? Le turbó, le llenó de sombras con el exceso de la desconfianza, le persiguió, le empujó, hasta que le llevó a echarse un lazo y le arrancó traidor de la presente vida, y le privó de la esperanza del arrepentimiento. Porque si hubiera vivido, hubiera sido salvo también él, como nos lo muestran los que crucificaron a Cristo; puesto que si salvó a los que le pusieron en la cruz, y en la misma cruz invocaba al Padre y pedía para ellos el perdón del pecado, es manifiesto que también al traidor le hubiera recibido con toda clemencia, si, como lo exigía la razón, hubiera mostrado arrepentimiento. Pero él no sufrió esperar a la medicina, sumido en lo profun-

do por la demasiada tristeza.

Pues he aquí lo que temía también el Apóstol San Pablo al exhortar a los Corintios a arrancar a aquel hombre de las fauces de Satanás. ¿Y qué necesidad tenemos del ejemplo de los Corintios? Pedro, después de la participación de los misterios, negó tres veces, y con llorar, todo lo borró. Pablo, siendo perseguidor y blasfemo y calumniador, y persiguiendo no sólo al Crucificado, sino también a todos los que le seguían, con arrepentirse se convirtió en Apóstol. Porque sólo una pequeña ocasión pide el Señor de nuestra parte para darnos el perdón de nuestros pecados.

VI

Voy a deciros una parábola que os pruebe esto mismo. Había dos hermanos; habiendo entrambos distribuido entre sí la hacienda de sus padres, el uno de ellos permaneció en su casa, y el otro, después de haber devorado y consumido cuanto se le había dado, se fue al destierro, no pudiendo sobrellevar la vergüenza de la pobreza (Lc. 15, 11 ss). Y me he movido a contar esta parábola para que aprendáis cómo también para los pecados cometidos después del bautismo tenemos perdón si somos diligentes; y lo digo, no para hacernos remisos, sino para alejaros de la desesperación; porque la desesperación nos ocasiona peores daños que la pereza. Es, pues, este hijo imagen de los que caen después del bautismo: y que represente a los que sucumben después del bautismo, es claro; porque es llamado hijo; y ninguno privado del bautismo puede ser llamado hijo; y habitaba la casa de su padre y distribuyó todo el patrimonio, y antes del bautismo no es posible tener patrimonio ni recibir herencia paterna; de modo, que por todo esto se nos significa el estado de los fieles. Además, era hermano del otro que tuvo buen suceso, y no sería hermano sin la regeneración espiritual. Este tal, pues, caído en el extremo de la maldad, ¿qué dice? *volveré a mi padre* (Lc. 15, 18); y en realidad de verdad, si le dejó el padre y no le impidió el marcharse a tierra extraña, no fue sino para que aprendiera por experiencia cuán grandes eran los bienes de que gozó en casa. Porque muchas veces, Dios, cuando no nos ha persuadido con sólo decírnoslo, deja que nos amaestre la experiencia de los hechos; como se lo decía también a los judíos. Puesto que después de haber empleado innumerables razones por medio de sus profetas, sin haberlos aún persuadido y unido consigo, dejó que fueran alecciona-

dos por el castigo, diciéndoles: *Te amaestrará tu apostasía y tu maldad te argüirá* (Jer. 2, 19). Porque razón era que fuese Dios creído, aun antes del cumplimiento de los sucesos; pero ya que eran tan insensatos que no creían a sus exhortaciones y consejos, después de haberlos primero reprimido para que no se rindieran a la maldad, deja que sean enseñados por la experiencia, para recobrarlos así de nuevo.

Cuando, pues, el hijo perdido, después de haberse ido a tierra extraña y aprendido por experiencia cuán grave mal es dejar la casa paterna, se volvió a ella, el padre no le recordó la injuria, sino que le recibió con los brazos abiertos. ¿Cómo así? Porque era padre y no juez. Y después hubo danzas y convites y fiestas, y toda la casa estaba llena de alegría y regocijo. ¿Qué dices? ¿Este es el pago de su maldad? No de su maldad, no, sino de su vuelta; no de su pecado sino de su arrepentimiento; no de su malicia, sino de su conversión al bien. Y lo que es más, se airó con esto el hijo mayor, mas el padre, aun a este blandamente le persuadió diciendo: *Tú siempre has vivido conmigo, mas este estaba perdido y ha sido hallado; estaba muerto, y ha resucitado* (Lc. 15, 31-32). Y cuando hace falta, dice, salvar a quien estaba perdido, no es tiempo de tribunales ni de riguroso examen, sino sólo de benignidad y de perdón. Ningún médico, dejando de aplicar la medicina al enfermo, le exige cuenta de su exceso ni le castiga. Y si absolutamente convenía que padeciese castigo, bastante castigo fue la permanencia en tierra extraña. Pues por tanto tiempo ha estado separado de nuestro trato y consumiéndose continuamente por el hambre, deshonra y extrema miseria. Por esto dice: *estaba perdido y ha sido hallado, estaba muerto y ha resucitado*. No mires lo presente, dice, sino piensa en lo grave de la pasada desgracia; hermano es el que ves, no extraño. Ha vuelto a su padre, que no puede acordarse de nada de lo pasado, o más bien, que tan sólo recuerda todo lo que le puede mover a compasión y misericordia y amor e indulgencia paternales. Por esta razón no le dijo lo que había hecho, sino lo que padeció; no le recordó que había devorado y consumido la hacienda, sino que había caído en innumerables males.

Así, con este mismo cuidado buscó también a la oveja perdida (Lc. 15, 4 etc.) o mejor dicho, con mayor. Porque aquí volvió el mismo hijo, mas allí salió el mismo pastor, y hallando a la oveja la llevó y se gozó más con ella que con todas las que estaban incólumes. Pero mira cómo la llevó; no le dio de palos, sino que la cargó y llevó sobre los hombros, y la devolvió de nuevo al rebaño.

VII

Sabiendo, pues, como sabemos, que no sólo no rechaza a los que se vuelven a él, sino que los recibe no menos que a los que han permanecido en el bien, que no sólo no castiga con rigor, sino que sale él en busca de los que van perdidos, y se regocija por su hallazgo, más todavía que por cuantos permanecen seguros; ni desconfiemos en los males, ni confiemos demasiado en los bienes, sino que, por una parte, cuando obramos bien temamos no nos haga caer la demasiada confianza, y por otra parte, cuando pequemos, nos arrepintamos. Porque lo que al principio he dicho lo vuelvo a decir ahora, que estas dos cosas son la ruina de nuestra salvación, tanto el confiar demasiado estando en pie, como el desconfiar estando caídos. Por eso para afianzar mas a los que están en pie decía San Pablo: *Quien cree que está en pie, mire no caiga* (1 Cor. 10, 12). Y en otra parte: *Temo no sea que predicando a otros, sea yo reprobado* (1 Cor. 9, 27). Mas para levantar a los caídos y excitarlos a tener más ánimo, daba este testimonio a los Corintios escribiéndoles así: *Para que no llore a muchos de los que antes pecaron y se arrepintieron* (2 Cor. 12, 21), manifestando con esto que no son tan dignos de llanto los que pecan como los que no se arrepienten de sus pecados. Y el profeta les dice: *¿Por ventura el que cae no se levanta, o el que va no vuelve?* (Jer. 7, 4). Por esto también David exhorta a los mismos diciendo: *Hoy, si oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como el día de la exaceración de su ira* (Sal. 94, 8-9).

Mientras, pues, se nos dice este *hoy*, no desconfiemos; antes bien, tengamos saludable esperanza en el Señor, y pensando en el piélagos de su benignidad, y rechazando toda conciencia de pecado, procuremos la virtud con grande ánimo y confianza, mostrémonos lo más arrepentidos que podamos, para que, despojándonos aquí de todos los pecados, podamos con seguridad presentarnos en el tribunal de Cristo y obtener el reino de los cielos; que ojalá todos alcancemos por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.